

se piensa—, refleja el problema al que me he referido antes: el desenfoque que supone ver a los católicos en general, o a los fieles del Opus Dei en particular, como piezas de un engranaje, parte de una organización, que obedece ciegamente órdenes venidas de lo alto, y actúan como un bloque en materias políticas. Nada más alejado de la realidad: los millones de personas que han conocido de primera mano el Opus Dei en España, en sus casi 80 años de existencia, dan testimonio unánime de la libertad que han encontrado.

Quizá es que rechazan la presencia de los miembros de la Prelatura en la política.

Pienso que a medida que se vaya entendiendo mejor la libertad de los católicos en la vida pública y política, y que se superen esquemas ideológicos que pertenecen al pasado o que responden a mentalidades poco abiertas, se comprenderá mejor que los fieles del Opus Dei gozan de la misma libertad que los demás ciudadanos, ni más ni menos.

¿Y cree que las instituciones de la Iglesia jugarán un papel importante en la sociedad?

Uno de los síntomas más claros de progreso de nuestras sociedades es que cuentan cada vez más los derechos del ciudadano, del hombre común. Las comunidades humanas se forman con el libre ejercicio del voto, con el pago de los impuestos, con el trabajo profesional cada día más cualificado, etc. Son los ciudadanos quienes toman las decisiones que configuran la sociedad.

¿Y cree que a ese hombre le interesa lo que pueda ofrecerle la religión?

Por supuesto. Nada más lógico y natural que la Iglesia desarrolle su labor de proclamar el Evangelio entre los laicos, porque a ellos corresponde, con libertad y con responsabilidad, poner la luz de la fe en el corazón de las actividades humanas, dignificar todas las tareas nobles, construir una sociedad a la medida de la admirable dignidad de la persona, creada a imagen y semejanza de Dios.

Pero es que quizá al hombre no le interesa lo que la religión le pueda aportar.

El destino de la Iglesia y el destino del mundo no se contraponen ni caminan separados. Uno y otro dependen de la responsabilidad de los ciudadanos, de los católicos, especialmente de los laicos.

Le veo muy optimista.

Es que, por encima de todos los avatares históricos, la promesa del Señor proporciona un fundamento seguro a nuestra esperanza: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. A mí esas palabras me llenan de un profundo optimismo, porque la verdad triunfa siempre, aunque se deban superar sufrimientos y contradicciones.

Milán
26-X-2005

*Artículo publicado en
el periódico *Avvenire**

La Asamblea del Sínodo de Obispos que ahora concluye ha teni-

do un carácter particular. Fue convocada por Juan Pablo II, pero ha sido presidida por su sucesor, Benedicto XVI. Desde el punto de vista simbólico, representa como un “enlace” entre dos pontificados. No deja de resultar significativo que este Sínodo haya versado precisamente sobre la Eucaristía, fuente de la unidad de la Iglesia.

Al comenzar las sesiones, Benedicto XVI pidió a los participantes que estudiáramos el modo de intensificar la conexión entre la Santa Misa y el quehacer cotidiano de los cristianos, de forma que no se desarrollen como dos ámbitos comunicados. Como consecuencia, parte del trabajo de estos días ha consistido en la búsqueda de propuestas concretas para ayudar a los cristianos a comprender cada vez mejor que la Eucaristía debe informar su vida ordinaria.

En cuanto acción de culto, el Sacrificio eucarístico requiere un desarrollo lo más perfecto posible, pues su destinatario es Dios mismo. Cualquier acción humana bien realizada, con amor, con detalle y con delicadeza, se constituye como algo agradable a los demás y como muestra de interés y de respeto. Lógicamente, con mayor motivo, la ofrenda a Dios ha de tender a ser perfecta, y en esta dirección se han orientado muchas de las aportaciones formuladas en el Sínodo.

Al celebrar o al participar en la Santa Misa, sacerdotes y laicos han de actuar con piedad recia, doctrinal, y de forma amorosa, atenta, santamente apasionada. En la Eucaristía, donde tiempo y eternidad se encuentran, Cristo se ofrece al Padre y

se nos entrega de nuevo a nosotros los hombres: merece evidentemente que correspondamos con todo el amor de que seamos capaces. Dios no nos pide solamente la entrega de un acto externo, sino que ante todo espera nuestro amor: sólo así la ofrenda puede ser perfecta, agradable a Dios.

Pero la presencia de la Eucaristía en la vida del cristiano no se limita al momento sublime de la Misa. Podemos presentar ante el altar también nuestras acciones corrientes; y buscar durante toda la jornada, en nuestros normales quehaceres, una continua referencia a Dios Eucaristía. Cualquier trabajo honrado puede ser un medio para unirnos espiritualmente al sacrificio de Cristo en la Santa Misa, si ofrecemos a Dios nuestras acciones ordinarias: la Eucaristía se convierte entonces en cumbre y fuente de toda nuestra existencia. De muchas formas se ha repetido esta idea en las sesiones del Sínodo, con la certeza compartida de que Cristo ha querido unir la Santa Misa a la salvación de sus hermanos los hombres.

Estas consideraciones han orientado mis reflexiones durante el Sínodo, y han dado forma a tres campos en los que el cristiano puede contribuir a que en toda la Iglesia florezca cada vez más la vida eucarística. El primero nos incumbe a los sacerdotes, que debemos saber celebrar la Eucaristía con la mayor delicadeza posible; se trata, con otras palabras, de promover el *ars celebrandi*, a través del cual se manifiesta la hermosura y la profundidad de la liturgia, vivida para la gloria de

Dios y para nuestra edificación. En segundo lugar, es necesario suscitar en todos los fieles una participación aún más atenta en la Santa Misa, conscientes de que es un momento sublime para que el cristiano ejercite el arte de la oración, el *ars orandi*, del que habló Juan Pablo II con motivo del comienzo del nuevo milenio. Por último, necesitamos también redescubrir cada día los fuertes lazos que existen entre la Santa Misa y la vida diaria, aplicarnos cada vez más en el *ars vivendi*, el arte de gastar los días en unión espiritual con Jesús Eucaristía, y llegar así a reconocer en la existencia cotidiana un horizonte nuevo: la grandeza del encuentro con Dios.

El Santo Padre valorará las propuestas presentadas por los padres sinodales y tomará las decisiones que estime oportunas. Pero ya ahora experimentamos los efectos positivos del Sínodo: los obispos que hemos participado en él hemos profundizado en el infinito tesoro de la Eucaristía, en la que "se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y pan vivo" (Presbyterorum Ordinis, n. 5). Espero vivamente que esta toma de conciencia se difunda en círculos concéntricos, y que sus frutos se noten en la práctica cristiana de muchos católicos, especialmente en la participación en la Santa Misa. Después del trabajo y de la oración de estos días, deseo que asistamos a un nuevo momento de gracia para toda la Iglesia.

Varsovia 29-XI-2005

*Entrevista concedida a la
agencia de noticias polaca KAI*

Excelencia, ¿en qué consiste la esencia del mensaje del Opus Dei al mundo contemporáneo y al hombre contemporáneo?

El mensaje del Opus Dei es sencillamente una expresión de la llamada del amor de Dios a todas las mujeres y hombres a vivir a fondo y a difundir el mensaje cristiano. Es peculiar el acento en la santificación del trabajo y de las circunstancias ordinarias de la vida.

Por decirlo de forma gráfica, San Josemaría Escrivá ha unido dos consideraciones que con frecuencia se ha tendido a enfocar de modo separado. Por una parte, ha repetido que el mundo no es una realidad negativa: "*vio Dios que era bueno*", dice el libro del Génesis. Por otra —y esto lo enseña también el Génesis—, que el hombre ha sido puesto en el mundo precisamente para trabajar.

En consecuencia, para cumplir la voluntad de Dios, para ser un cristiano coherente, para ser santo, no es necesario abandonar el mundo: el trabajo y las ocupaciones ordinarias de una persona corriente se convierten en medio y ocasión de vivir, de modo heroico, la caridad con Dios y con el prójimo.

Desde sus comienzos, el Opus Dei predica el ideal de la santidad en lo cotidiano realizado en cada mo-